

Dos lunáticos rumbo a Mìngyùn

— No lo sé, cariño. Estoy confundida.

— ¿Qué te confunde?

— Antes todo era más fácil.

Su amiga se notaba incómoda sobre la banqueta. La mirada desdibujada bajo el sombrero cloché rojo aún denotaba su abolengo. Pero la camisa de puntos ya le quedaba demasiado grande y los pantalones a cuadros demasiado apretados, una bota le quedaba volando y la otra no hacía juego con el atuendo. Algo no tenía sentido y no podía ser de otra manera cuando ella, como él, era un ideal, un ideal en transición, y por lo mismo, difuso.

— Mi tática tática abuelo, por ejemplo. En su época sólo tenía que lidiar con un montón de monjes garapiñados en un edificio, leyendo. Qué bello, ¿no? ¡Qué simple! No faltaba más. Una hilera de libros y la curiosidad por devorar todo a la luz de la vela. Y la paciencia... ¿te acuerdas de su paciencia, cariño?

—Uy, sí. Las horas que pasaban concentrados en una sola cosa.

—Mi tática abuela es otro caso. La gente confiaba en mi abuela por el título, por la distinción, por la posibilidad económica. Joven que estudiaba medicina con ella, joven que se volvía un doctor respetable en la comunidad. Joven que estudiaba leyes con ella, joven que se volvía un abogado respetable en la corte. ¡Ay, los trabajos definidos!, ¿te acuerdas de los trabajos definidos, cariño?

—Uy, sí. Descripciones concretas, actividades específicas. Abrían un periódico y, ¡pum!, ahí estaba un trabajo claro para lo que habían estudiado.

— ¡Y mi abuela! Mi abuela enfrentó cambios curiosos, pero manejables. Que si el internet distrajo a los jóvenes, que si ahora querían ser youtubers, que si el objetivo era ser felices, que si el aula debía ser digital. Al menos tenía población. ¡Po-bla-ción!, ¿te acuerdas de lo que era tener población, cariño?

—Uy, sí. Cuando había fila en el departamento de admisiones. Era lindo, sí.

—En cambio yo...

—Tú tienes los empleos multidisciplinarios...

—Las aulas digitales, globalizadas y multiculturales...

—La escasez de gente joven...

—El nuevo *status quo* chino...

— La era del *outsourcing*...

— La sobrestimulación cerebral...

—Y la muerte del planeta tierra, no olvides eso.

— Te lo juro, cariño, en un entorno así, ni siquiera sé si soy relevante.

— Vamos, vamos. Todo mundo encuentra complicado su respectivo horizonte y eventualmente, lo conquista.

—Pero, ¡cariño!, si no puedo resolver esta inquietud, esta pregunta que nos tiene aquí sentados en primer lugar, nada de lo que hagamos tiene sentido. No lo sé cariño, ya no sé cuál es mi propósito como Educación Superior...

—...en pleno siglo XXI.

Los amigos suspiraron. Bajo el número 2049 de la calle Occidente, ambos yacían sentados sobre una banqueta, la cabeza apoyada entre las manos. Tenían rato intentando descifrar cómo abrirse paso en un entorno francamente selvático. En los años que llevaban recorridos, habían visto acumular el tráfico, los edificios, la basura, pero ahora la humanidad los empujaba a caminar a la velocidad de 100,000 Mbps que el gobierno chino proveía como regla universal. Era natural sentirse mareado, sobre todo si no se contaba con el calzado y los lentes adecuados para andar y absorber el maremoto de información digital que fluía por las arterias.

—Tenemos que avanzar.

— Pero...

— Llegaremos tarde. Debíamos llegar al número 2049 de la calle Occiriente, Mìngyùn. Estamos en la calle equivocada.

— ¿Y confías que llegaremos si sólo caminamos?

— Sí.

— ¿Sin un plan, sin una dirección fija?

— Ajá.

— No sería mejor definir...

— Vamos, vamos. Te aferras mucho a tus visiones y misiones y tradiciones.

—Pero cariño... —dijo Educación jalando su sombrero cloché hacia abajo, mientras intentaba hundirse en la banqueta.

— Recuerda lo que dijera la buena Agatha: no hay marcha atrás, la esencia de la vida es ir hacia adelante; la vida es una calle de sentido único. ¡Y mira! Qué coincidencia, esta calle es de sentido único.

— ¿Me prometes que encontraremos el camino?

— Sí. O no. No lo sé. Pero vamos. Confía en mí, después de todo soy Conocimiento.

*

El camino a Mìngyùn estaba repleto de socavones, algunos alcanzaban los 10 metros de profundidad. Era muy común encontrarlos, sobre todo cuando eran los hombres topo quienes los construían. Un acto inconsciente, en realidad, que comenzaban tan pronto fijaban la mirada en una pantalla. Platón estaría fascinado -y un tanto deprimido- de ver la versión contemporánea de su caverna, pero si los hombres del mito estaban encadenados a la ignorancia, los hombres topo estaban ahogados en la imagen de sí mismos.

—Disculpa cariño, ¿tú puedes indicarnos el camino a Mìngyùn? —dijo Educación, cuidando que su sombrero no cayera al inclinarse.

—with Ada.Text_IO; use Ada.Text_IO;

```
procedure Hello is
```

```
begin
```

```
Put_Line ("¡Hola, mundo!");
```

```
end Hello;
```

— ¡Hola allá abajo! ¿Cómo va todo? — vociferó Conocimiento.

— with Ada.Text_IO; use Ada.Text_IO;

```
procedure Hello is
```

```
begin
```

```
Put_Line ("¡#instagood!");
```

```
end Hello;
```

— Qué maravilla cariño, ¿nos podrías ayudar? Buscamos la calle Occiriente, Mìngyùn.

— with Ada.Text_IO; use Ada.Text_IO;

```
procedure Hello is
```

```
begin
```

```
Put_Line ("¡#instafollow!");
```

```
end Hello;
```

— Podrías repetir eso, cariño...

— with Ada.Text_IO; use Ada.Text_IO;

procedure Hello is

begin

Put_Line ("¡#F4F!");

end Hello;

— En español, cariño...

— with Ada.Text_IO; use Ada.Text_IO;

procedure Hello is

begin

Put_Line ("¡#unfollow!");

end Hello;

— Creo que lo hiciste enojar.

— ¡¿Pero qué hice?!

— No tiene caso, busquemos otro socavón.

— ¿Cuál es el punto? Todos serán iguales.

— Tenemos que encontrar la manera de comunicarnos. Tal vez debamos hablar su idioma.

—Me rehúso— dijo Educación jalando con fuerza su sombrero.

—Si no lo hacemos, seguiremos vagando sin rumbo en esta calle, ¿eso quieres?

—No, cariño. Pero tampoco quiero rebajarme.

Conocimiento se inclinó hacia uno de los hoyos. Desde el fondo, un brillo intenso le dio la bienvenida.

—#help

—#warup

—#lost #destination # Occiriente #Mingyùn

—👉👈

— ¿Qué dijo, cariño?

—Caminemos a la derecha, luego derecho, en la plaza giramos a la izquierda y seguimos derecho.

—Creí que era imposible comunicarse con ellos.

—Bueno, ya lo dijo el buen Herman, es intentando lo imposible como se realiza lo posible. ¿Continuamos?

Educación se quedó pensando. Tal vez su amigo tenía razón. Tal vez, para reclutar a los pocos hombres topo que existían, debía comenzar por entender su lenguaje. Después de todo, así lo habían hecho civilizaciones antiguas, así lo intentaron padres con hijos adolescentes y viceversa. ¿Estaba dispuesta a estructurarse en hashtags y emoticones? Jamás. Pero si en esencia la educación superior siempre había sido una eterna interacción entre contextos, debía aceptar que para que alguien contestase, uno tenía que empezar por decir hola.

—#hola

—with Ada.Text_IO; use Ada.Text_IO;

procedure Hello is

begin

Put_Line ("¡Hola, mundo!");

end Hello;

—No entiendo, cariño, digo, este.... #oldschool

— #¡¿TBT?!

El rostro del hombre topo se levantó con parsimonia, como hiciera antaño la salida del sol. Ahí estaba la especie racional, el paradigma que había dominado los aires, forjado esculturas, vislumbrado el universo. Ahí estaba, con la mirada curiosa queriendo conocer a la vetusta Educación Superior. Y en esa mirada reencontraba su razón de ser: la curiosidad por el misterio. ¿Qué era una hipótesis sino eso? ¿Qué eran horas de investigación en el laboratorio o detrás de un libro, sino el deseo humano de encontrar respuestas? Si lograba que el hombre recordara la belleza de las estrellas y corriera hacia ellas, como dijera Marco Aurelio; si lograba que el hombre fuera el mecanismo que permitía al universo conocerse a sí mismo, como pensara Carl Sagan; si lograba que el hombre continuara calculando condiciones atmosféricas con el centelleo de las estrellas, como hicieran los isleños del Estrecho de Torres. Si lograba mantener viva la curiosidad humana, la imaginación, quizá ella tendría sentido después de todo.

“*Contaminación: 150/500*”. El dron PM2,5 vociferó el reporte del medio día: 150 microgramos de material particulado por metro cúbico. Aún podían caminar unas horas más antes de que el aire se volviera tóxico.

Conocimiento marchaba adelante de la mancuerna idealista. Era un tipo delgado, de facciones cubistas. Su pelo, largo y sedoso lo llevaba recogido en una coleta despreocupada, como una fuente que chorreara a 360°. Debajo, su ropa variada y atemporal, combinaba textiles indígenas con bordados medievales, pieles de animales extintos y una que otra tela sintética; sobre los brazos, un montón de amuletos, anillos de plástico de la más reciente moda ambiental, y sobre los pies portaba sus adoradas sandalias japonesas.

—Es curioso que los libros no hayan desaparecido después de todo este tiempo.

—Hay mucho de ti en ellos, cariño.

—Y las bibliotecas, no las demolieron.

—Bueno, a falta de áreas verdes, se volvieron los espacios de interacción. ¿Te acuerdas de las áreas verdes, cariño?

—Claro, los jardines que te rodeaban.

—Ahora es muy costoso mantenerlos.

— ¿Por el dinero?

— Por el agua. No hay.

—Qué curioso, alguna vez un billete tuvo más valor que el mundo natural.

—Es una de las pocas ocasiones que me alegra no tener suficiente matrícula. No podría brindar los mismos servicios a... ¡aaaaay!

— ¿Qué pasa?

—Estas botas... me están ma-tan-do.

— Pues quítatelas.

— No puedo. Son herencia familiar.

— ¿Educación del siglo XVII?

—Siglo XIX, cariño. Mira las suelas, sólidas como rocas, excelente fundamento.

— ¡Mira el *graffiti* en estas paredes!

Los amigos habían doblado por una esquina hacia lo que parecía un callejón. Ahí, sobre el concreto, una serie azul de trozos de PET creaba la ilusión de una noche estrellada.

—Es un *collage*, cariño.

— ¡Fascinante!

—Fue creado por mis estudiantes. Retratan por qué sucede la expansión acelerada del Universo.

—Una mujer descubrió eso hace unos días, en India si mal no recuerdo.

— En una universidad de Bombay, para ser precisos.

—Claro. Recuerdo haberme expandido. ¿Quieres ver la prenda que tengo gracias a ése descubrimiento?... Mira mis nuevas... ¡calcetas galácticas!

—Muy lindas, cariño, muy lindas.

— ¿Y esto de aquí qué es?

—Una placa de realidad aumentada. Parte del nuevo ciclo de aprendizaje consiste en divulgar lo que los estudiantes investigan involucrando a la ciudad. En la placa explican el sustento científico del descubrimiento.

— ¿Como un tutorial?

—Algo así. Es más como un canal didáctico.

—Me fascinaba esa propuesta. Los conductores solían usar un lenguaje muy simple para hablar de mí. Nunca hubiera entendido a Nietzsche con perritos.

—Sí, esto no es tan corriente, cariño, pero la idea es que los estudiantes sean como esos conductores que te gustan.

—No te imagino accediendo a eso.

—Bueno, me gusta pensar que no son conductores en el sentido de entretener, ¿sabes? me gusta pensar que hacen trabajo de maestros; después de todo, tienen que ser capaces de asimilarte, comunicarte pensando en su contexto y ser además esta especie de *storytellers* para mantener la atención del público.

—Labor nada fácil. Me gusta.

—Gracias, cariño. Algo se me tenía que ocurrir. Con eso de que la tecnología te coloca en todas partes, abaratas mi servicio. Era esta opción o memes.

— ¿Y los ensayos y las monografías?

—Aún te plasmamos en ellos. Son una lección sobre paciencia para una generación que todo lo quiere ver cristalizado al instante.

—Recuérdales que si Newton hizo descubrimientos invaluablees fue por más por tener paciencia que otro talento.

—Mira, aquí al collage le integraron audio. Acércate.

— ¡¿Es el sonido del universo expandiéndose?!

—Así es, cariño.

— ¡WOW! Es como una ventana a otro mundo.

—Y una forma de convertir la ciudad en un aula compartida, querido.

—Creo que llegamos a la calle Occidente. Mira. “*Huānyíng*”.

La calle se extendía cuesta arriba, abriéndose paso entre dos bloques paradigmáticos. Los edificios se veían tristes, como negados a la inevitable mezcla de sus materiales de construcción. Algunos transeúntes caminaban en círculos, intentando imitar en sus cuerpos el efecto rejuvenecedor del botón *refresh*. Por allá, en las esquinas, los vagabundos lagarto calentaban sus cuerpos con la información digital que manaba de un bote. Unos cuantos árboles permanecían de pie. Unos cuantos perros seguían siendo el mejor amigo del hombre.

— ¿Qué haces?

— Me quito las botas. Si voy a caminar hacia allá, necesito una suela más flexible.

— ¿Y guardas las plantillas porque...?

—Está bien adaptarse al terreno, cariño, pero eso no significa olvidar mi historia.

*

—No me molestaría comer arepas toda mi vida.

—Y tomar vino, cariño. Sobre todo vino.

Tanto caminar les había abierto el apetito, así que habían detenido la marcha en el primer negocio de *kuàicān* que les pareció respetable. Detrás de la parrilla, un viejo hindú se esmeraba por freír los alimentos; por aquí hacía espacio para un coqueto dim sum; más allá acomodaba la garnacha de huitlacoche; y en esta esquina, una triada de arepas codo a codo con un tazón de borsch. Cincuenta centímetros de parrilla expresaban muy bien la migración que sucedía en el mundo: todos mezclados, todos disputando un espacio para vivir.

— ¡Tres arepas para llevar!

—Utilice aplicación para ordenar, *qǐng*.

—Oh, disculpe. Listo.

—*Xièxiè*.

—De nada. ¿Sabías que los indígenas guanes llamaban a las arepas *tijitafun*?

—*Wǒ xiǎng diǎn hotdog, xièxiè.*

—Utilice aplicación para ordenar, *qǐng*.

Alrededor de los amigos, algunos transeúntes se garapiñaban para ordenar mientras el señor hindú procesaba las órdenes con maestría admirable. A pesar de recibir una cantidad considerable de información, sabía cómo poner orden en su parrilla, el punto exacto de cocción y el tiempo necesario para sacar a relucir el sabor particular de cada alimento.

—Es todo un maestro.

—Míralo frente a su grupo multicultural, cariño.

— ¿De qué será su clase esta mañana?

—Imaginemos el problema a resolver. El día de hoy, la clase se concentrará en situaciones que enfrentan las comunidades costeras, de...de... Chile y China. ¿De qué manera pueden subsistir de la pesca sin alterar el crecimiento de la incipiente población del pez bagre?

— Ese borsch tiene un enfoque en administración. Dirá...”establezcamos un costo elevado”.

—Y la arepa le contestará “realicemos un muestreo”. Su concentración es en ciencias, cariño.

—A lo que el dim sum, desde los estudios religiosos y saberes indígenas, sumará “busquemos que con nuestras acciones restablezcamos el yin y el yang”.

— ¿Y no se pelearán entre sí, cariño?

—A veces, claro.

—Pero ése no es el punto, ¿verdad, cariño?

—No. El punto es el sabor que imprimen a la parrilla.

—Ya veo. Un sabor multidisciplinario...

—Una visión holística...

—Para enfrentar los problemas del mundo.

—El maestro mientras tanto orienta la cocción.

— ¿Es doctor en arepas, borsch o garnachas, cariño?

—Más necesario es que sepa entretener el flujo de información que cada alimento agrega a la parrilla. También podrían estar dos parrilleros.

— ¿Y la interacción? ¿Mediante tecnología, cariño?

—Tal vez sólo una parte. Si te fijas, los alimentos aún necesitan la mano de otro para transformarse.

—*Gěi nǐ!* Tres arepas para llevar. \$1,5 bitcoins.

—¡Excelente! Cóbrela de mi huella digital. *Xièxiè!*

—*Bù kèqì.* Vuelva antes del fin del mundo.

“*Wūrān*: 400/500”. El dron PM2,5 vociferó el reporte de las seis de la tarde: *400 microgramos de material particulado por metro cúbico*. Era imperante buscar refugio. Por las calles apareció arrastrándose un gas espeso. Junto con él, un lamento hueco, el chillar del metal perdiendo vida ante la corrosión, y los ladrillos cediendo porosidad. Educación y Conocimiento escuchaban acostados desde el último piso de un edificio.

— ¿Estamos a salvo aquí?— susurró Conocimiento.

—Sí— susurró Educación— Los ladrillos son elaborados a base de nanotecnología.

— ¿Y las ventanas?

—Selladas con micropartículas.

— ¿Y el ojo de la cerradura?

—Impreso de manera digital. Mis estudiantes lo diseñaron.

— ¿Aprobaron el curso?

—Sí.

—Es curioso que la manera de evaluar hable de los valores de un tiempo.

— ¿Te acuerdas cuando evaluaban tu cantidad, cariño?

—Claro, ¿qué me dices de cuando lo importante era mi utilidad?

—Ahora es tu innovación, cariño.

—Para fines colectivos. Me temo que ése es el propósito imperante.

Permanecieron en silencio. Los tiempos actuales demandaban enfocar la atención a los problemas de la humanidad, menos por una cuestión altruista, y más por una razón de supervivencia. Después de la última guerra mundial, el tiempo de vida de la tierra había recortado sus horas.

— A veces me temo que lo resientan, cariño.

— ¿Las vigas?

—Las nuevas generaciones. Pienso que están resentidas con el pasado, con la obligación salvadora que tienen.

—Sí. No. O no sé. Los estudiantes siguen siendo los de siempre, en mi opinión. Tienes a los que asumen su rol de ciudadanos del mundo; otros siguen sin saber qué sucede a su alrededor; están los que se aburren de estar contigo y te aborrecen; los que se involucran más allá de los proyectos; otros se rebelan contra el sentido filosófico de su época.

— Pensé que sería diferente dadas las circunstancias.

—Todos. Pero a veces pecamos de románticos al imaginar a la juventud; mucho más si se trata el futuro.

—Ahí tienes Hiroshima, cariño.

—Los genocidios.

—El odio racial.

—Siempre hemos creído que las nuevas generaciones superarán estas piedras.

—Y míranos, cariño. ¿No estamos errando de pesimistas?

—Creo que más bien somos un tanto estoicos, con una pizca de peripatéticos y un dedo de epicúreos. No tiene nada de malo aceptar que por más tecnología, por más innovaciones, por más infraestructura, al final el recipiente es el estudiante y si él no quiere, lo demás no germina. Educarse, como toda actividad cultivadora, es principalmente un acto de voluntad.

—Aquí es donde dirías tú, “o sea, aunque la mona se vista de seda, mona se queda”, ¿cierto, cariño?

—¡Eureka! Vas aprendiendo.

Con sus manos comenzaron a hacer figuras que la luz tenue de la neblina proyectó como sombras en el techo. Primero saltó un conejo, luego vino a hacer *cuac* un pato; el aullido de un perro intentó magnificar el espectáculo pero fue interrumpido por los cuernos de un toro fornido.

— ¿No extrañas tu antigua forma, cariño?

— En realidad, no. Es parte de mi naturaleza cambiar.

— ¿Te acuerdas cuando en mi currículum aparecías como Farmacología, Mecatrónica, Balance de Energía, Patronaje, Taller de Creación, Edición, Salados I? Tantas categorías.

—Sí, en ese entonces era muy definido. Pantalón de vestir del área de ciencias, corbata del área de artes; un zapato de sociales y el otro de ingeniería.

—Mi currículum era la especialización.

— ¿Y ahora?

— Ahora adaptaría mi currículum a tu chaleco de ingeniero con hilos de diseño gráfico.

— ¿Y mi camisa de saberes indígenas con física cuántica y danza?

— También, cariño.

— ¿Y qué tal mi calceta con números imaginarios y astronomía y cine?

—Sí. Es muy linda.

—¿En serio te adaptarías a mí? ¿Aunque sea muy estrafalario? No veo que mis calcetas combinen con tu sombrero cloché rojo, mucho menos con tu camisa de puntos y los cuadros rígidos en tu pantalón.

—Dame tu chaleco, cariño.

— ¿Hablas en serio?

—Sí, esta camisa de mi abuela ya no me va. Y los pantalones son de inicio de siglo. Necesito... ¿cómo le dicen? Una nueva tendencia, cariño.

Educación se incorporó y colocó el chaleco sobre su torso. Comenzaba a cobrar claridad su forma.

—Ves, una pincelada holística me va muy bien.

— ¿Y el sombrero?

—Estoy dispuesta a adaptarme, cariño, pero hay piezas fundamentales que prefiero mantener. El contexto podrá plantearme sus exigencias, pero también tengo mi dignidad.

— ¿Y qué defiendes?

— ¡Aún me rehúso a impartir mis clases en #hashtags!

Las palomas interrumpieron su suave vuelo; los perros se echaron a dormir. La neblina comenzaba a retirarse y al edificio entró poco a poco la luz. Desde la ventana, los amigos podían ver su destino a la vuelta de la esquina.

*

—Bien, henos aquí.

—Número 2049, calle Occiriente, Mìngyùn.

—A tiempo.

Los dos amigos suspiraron. Después de tanto caminar, necesitaban un descanso. Como no encontraron una banca, se sentaron en el borde de una banquetta.

—Tenemos que movernos.

— No lo sé, cariño. Estoy confundida.

— ¿Qué te confunde?

— Antes todo era más fácil. Mi madre, por ejemplo. En su época sólo lidiaba con la logística de armar clases multidisciplinarias para resolver problemas del mundo, pero ni era tan complicado con tan poca población. Y sí, tenía que atraer estudiantes con un lenguaje simpático, pero al menos eran humanos. Yo en cambio...

—Tú trabajas con humanos clonados...

—Robots que parecen humanos...

—Humanos que se hicieron robots.

—Y la tierra sigue muriendo, no lo olvides, cariño.

—Por lo mismo no podemos quedarnos, tenemos que avanzar.

—Recuérdame otra vez a dónde vamos.

—Número 3000 de la calle Oriente, Mìngyùn.

— ¿Me prometes que encontraremos el camino?

— Sí. O no. No lo sé. Pero vamos. Confía en mí, después de todo soy Conocimiento.

— Esta conversación me parece muy familiar, cariño.

—Así parece, sí.

— ¿Qué haremos ahora?

—Lo de siempre. Conversar.

—Convertirnos.

— ¿Sabes eso en qué nos convierte?

—Me temo que en dos lunáticos, cariño. Vamos.

FIN